

tragedia de amor, en la que la ni-
miedad del motivo no se advierte
ante el continuo fluír de imágenes y
ante la contención de todos los ver-
sos. No hay en todo el poemita trans-
crito una sola palabra en exceso,
sólo las necesarias. Y la exclamación,
ante la partida de la mujer amada,
«la jaula estaba vacía», muestra en
su innegable vulgaridad un retorno
al sentir del pueblo, al modo de amar
popular, de ese medio en que este
aristócrata de la poesía que es Gó-
mez Fernández, ha querido vivir.

Su juventud y sus condiciones de
estudioso y de refinado en su medio,
le prometen obtener un nombre en
la poesía española moderna. Y un
poeta más es siempre necesario.—
Abel Valdés A.

POEMAS SINCOPADOS, por *Emilio Mos-
teiro.*

Aquí deberemos empezar por en-
tender el título. Una aclaración que
se sirve hacer el autor nos puede
guiar. Dice:

Tómese la palabra síncopa siempre
en su significado musical.

Según la Real Academia, el sen-
tido musical de la palabra síncopa es
el siguiente:

Enlace de dos sonidos iguales, de
los cuales el primero se halla en el
tiempo o parte débil del compás, y
el segundo en el fuerte o al contrario.

Al juntar la calidad de sincopados
a los poemas de que es autor Mos-
teiro, debemos llegar a la conclusión

de que el título tal vez correspondería
al de *Poemas contradictorios* o más
bien *Poemas de contrastes*, en len-
guaje corriente. Pero según se ha
visto, el señor Mosteiro escribe en
sentido musical.

Junta en el libro que nos ocupa la
labor de tres años, 1926-1929, y com-
prende poemas escritos en portugués,
gallego y castellano. Los motivos
musicales componen la mejor parte
del libro. O más bien, con motivo
de trozos musicales populares cons-
truye el poeta diversos poemitas en
que la agilidad no siempre musical
de las imágenes en contraste cons-
tituye su principal por no decir su
único interés. El verso corto y la
frase corta en los poemas en verso
y en prosa, que no se diferencian, se
ha construido mediante ciertos pro-
cedimientos, que por ser procedi-
mientos, no tienen el menor interés
como aporte de obra original. Los
tranquillos a que recurre el autor
para hilvanar las frases aparente-
mente dislocadas e inconexas de sus
imágenes, son conocidos de algunos
años a esta parte. Oliverio Girondo
en sus *Poemas para ser leídos en el
tranvía* nos dió preparados simila-
res fabricados con más arte y con
menos artificio. Pero el resultado de
este chisporroteo de imágenes sin
sentido artístico que las anime, a
la larga fatiga y no interesa. Tome-
mos al azar, un poema cualquiera
como ejemplo:

6.—Los mejores recuerdos se ven-
den en la estación, aunque el tren
silba siempre en un tono más alto
que los barcos. Permíteme que te de-
clare mi amor por teléfono. El film
del calendario abusa del ralenti y el

día avanza penosamente entre mis pasos. No podía suponerme que fuera tan fácil para el viento dejar k. o. a tu ventana. También mi corazón es un mal punching-ball. Y ayer a última hora, he perdido el freno automático de mis sueños.

Otro:

Nunca había encontrado una muchacha que manejase el timón con tanta habilidad como tú. Sabes la hora justa de la marea alta y la exacta dirección de mis deseos por tu brújula de pulsera. A ti puedo decirte que muñeira es para mí un baile mucho más complicado que el charleston aunque no tan saudoso. Durante la noche la pianola estudia su nuevo fox.

¡Qué definitivamente viejos encontramos en 1930 los gritos de los últimos «ismos», descendientes del «vieux dada», ya enterrado! ¿Verdad señor Emilio Mosteiro?—*Abel Valdés A.*

ADÓTICO CIELO, por Julio Verdié.

Julio Verdié pertenece a la última generación de escritores uruguayos. Nos lo dió a conocer el año pasado la revista *Mural*, dirigida en Montevideo por Humberto Zarrilli, efímera hoja lírica que cubrió las paredes de los Tea Rooms y bars de esa ciudad en excursión vertical de ingenuo entusiasmo. Ahí apareció el poema que da el título a este libro.

Adótico cielo es un libro (1) dis-

parejo como... el cielo en un nublado día de otoño, tapizado de nubes de diferente estatura e intensidad. Precisemos:

En tanto otro horizonte
con su rueda de agua,
cáñamo de los viajes,
ola tras ola hilaba.

Esto es la excepción. Lo habitual, inveterado en *Adótico cielo* es lo invertido, lo inconsistente, lo que no delimita el contorno, lo que no acusa presencia diferencial:

Estaba yo en el huerto juntando
(caracoles.
De pronto una voz de entre las nubes
(me llamó.
Alcé los ojos y junté las manos. Arriba
el bloque de las nubes coruscantes se
(abrió.

Sin embargo en Julio Verdié se advierte, como diría Pero Grullo, una tentativa niveladora de su temperamento para mantenerlo en un plano de una calidad idéntica. Se advierte el esfuerzo por alcanzar el conjunto uniforme, sostenido, y hacer cotidiana la fiesta de la expresión conseguida. Este esfuerzo, por demasiado visible, le resta indudablemente espontaneidad a *Adótico cielo*, y lo retorcido, lo amanerado, lo que no es inmanencia de la sensibilidad sino rebusca empecinada, aparece continuamente en este libro:

Los osos místicos de los corazones
(danzan,
húmedos de las monedas, salobres, de
(las lágrimas.

Pero existe también en Verdié el deseo imperativo de depurarse, la

(1) *Agencia G. de Librería y Publicaciones, Montevideo-Buenos Aires,*